

PQ1783

LA MAGDALENA

R4

C4

1883

v. 3

LIBRERIA HERNANDEZ AMERICANA

í d
y la
de it



EL CEMENTERIO

DE LA

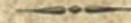
MAGDALENA.



CONTINUACION

DE

LOS APUNTAMIENTOS POR EL ABATE
DE FERMONT.



EL MISMO DIA 20 DE ENERO DE 1793,
A LAS CUATRO DE LA TARDE.

El resultado espantoso del dia 16 ha-
bia en cierto modo imposibilitado mis
facultades intelectuales, y mi enten-
1.

dimiento ofuscado no podía arreglar, ni aun producir idea alguna. Tenía el espíritu como absorto entre visiones, y mi corazón había recibido un golpe tan recio, que había quedado casi insensible.

En vano las finezas del lord Fitz-Asland y de su hijo, y el cuadro de una familia feliz (pues madama Melwood ha encontrado en su amante, ántes infiel, un esposo que la adora) se reunían con las gracias de la amable Paquita, para despejar la lobreguez horrorosa de mi alma, que no podía desentenderse de las imágenes que la asaltaban. A todas horas oía alaridos lamentables, solo pensaba en mortandades, y no veía sinó el cadáver del rey atrocemente desfigurado, y nadando en arroyos de su propia sangre, entre los restos dispersos de su potestad atropellada.

En esta agitacion me hallaba, cuan-

do entró Fitz-Asland con su hijo en mi cuarto, como á las nueve de la mañana, y despues de haberme demostrado la parte que les cabía en mis penas; no estamos todavía desahuciados, me dijo Edwino, pues en medio de los contratiempos anteriores y de las congojas de ahora, traemos un proyecto entre manos. Sabemos por buen conducto que van á enviar á Vd. al Temple para asistir al rey en sus últimos instantes; con que á Vd. corresponde el proporeionar y asegurar el buen éxito de nuestra empresa, en la cual no está Vd. ménos interesado que nosotros. Persuada Vd. pues al rey, que se ponga en nuestras manos, que descuide acerca de nuestras disposiciones, y que no escrupulize sobre lo que le pedimos. Su vida está pendiente de nuestro empeño, y le salimos fiadores de ella, si desecha al presente una delicadeza, que á mas de ser imtempesti-

va, puede equivocarse con la pusilanimidad.

El padre de mi alumno me manifestó el plan con que esperaba arrebatarse al monarca del suplicio. Sin aprobarlo en todas sus partes, juzgué que en aquella crisis ninguna tentativa podía empeorar el mal, y acaso se lograría disminuirlo.

DIA 21.

Ya no existe!.... El heredero de sesenta y cinco monarcas, el rey de Francia acaba de espirar en un cadalso. Voy á coordinar lo mejor que pueda mis ideas, y formar la relacion de sus últimos momentos.

Ayer 20, como á las tres y media, me hallé con una orden del consejo ejecutivo, residente en el palacio de las Tullerías, para presentarme inmediatamente; á la cual obedecí; y á las

cuatro en punto me abrieron la sala de audiencia.

Se descubría una consternacion dolorosa en el semblante de los ministros, que guardaban un silencio profundo. El de la justicia, Garat, que presidía, se volvió á mí y me dijo: Aquí hay una esquila de mano de Luis Capeto, con las señas del nombre y casa de Vd. El consejo supone que tendrá Vd. á bien el pasar al Temple: ¿está Vd. en ese ánimo? — Desde luego puede el consejo darle por sentado, respondí tomando la esquila, que por la letra conocí era de madama Isabel. Hay momentos en que los deseos de un desdichado son mandatos, y así estoy pronto. Muy bien, dijo Garat: la obligacion del consejo es ejecutar la ley, por mas rigurosa que sea; pero su intencion, y aun sus derechos permiten que se haga llevadera en cuanto quepa.

semblantes decorosos manifestaban su dolor, ó á lo ménos su compasion, los demas que cercaban al rey, le miraban con ahinco y con una sonrisa cruel; pero Luis tranquilo y sereno conversaba sosegadamente con el primero. Así que entré, se retiraron todos, cerró el rey la puerta, y quedamos solos.

Al pronto no pude espresarme sinó con lágrimas, y bañé, al ponerme á sus piés, la mano de Luis, quien habiéndome levantado, me abrazó con suma ternura, y me llevó á su gabinete.

Este breve trecho me proporcionó el volver sobre mí, y recobrar en algun modo mi entereza. Comunicué á S. M. las esperanzas que conservaban sus fieles amigos, y le supliqué no pudiese por su parte ningun obstáculo. Condescendió con mi instancia; pero fué dándome á entender, que no le quedaba otro recurso efectivo que el del Ser supremo.

La conversacion versó luego sobre el estado actual de las cosas, sobre la opinion pública, sobre la familia real y sobre la situacion venidera de la Francia.

Por mas terrible, dijo el rey, por mas inaudita que sea la catástrofe que se prepara, es verosímil que léjos de ser el término de la crisis, solo sea su principio, y por decirlo así, su anuncio. Siempre he opinado, que si la revolucion daba á la Europa el espectáculo de un rey en el cadalso, era para habituarla á ver caer indistintamente cuantas cabezas coartan sus principios. ¿Quién se ha de atrever á hablar en efecto, y qué sangre habrá que clame por la venganza, cuando haya corrido la de un monarca, sin escitar el menor descontento? Conqué es mañana, como lo he dicho varias veces, mañana es cuando se empieza esta fúnebre carrera, que irán siguiendo todos a-

quellos, cuyas opiniones, virtudes, talentos ó riquezas causan algun reze-lo á la tiranía. Agüero funesto! tiempos calamitosos! ; Cuántos calabozos se verán llenos de víctimas! cuántos cadalsos teñidos de sangre! El cañon de los guerreros no se asestará ya contra los enemigos de la patria, sinó que irá á destrozar el pecho de sus hijos; la delacion será un deber; el asesinato una virtud; los hijos, contra todos los sentimientos de la naturaleza, proscribirán á los autores de su existencia; y las madres arrojarán bárbaramente á sus hijuelos en medio de los cuchillos. La muerte arrebatará con anticipacion la juventud sacrificada; los furores del incendio y los estragos del agua conspirarán con el acero á destruir esta generacion; y los rios volverán hacia su origen, asustados de los cadáveres que se hacinarán en sus corrientes. — Yo estaba inmóvil de horror y de pismo,

al oír las espresiones del rey. Hasta entónces había advertido en él mucho tino, grandes conocimientos, una memoria feliz y un juicio cabal; pero no me figuraba que átesorase los grandes medios de persuadir, convencer y arrebatat, que constituyen el orador. Acababa sin embargo de manifestarlos, bien los debiese á la naturaleza, ó bien fuese un efecto de las circunstancias.

Luego continuó con mas moderacion: Pero estos escesos vendrán á calmar, tanto por el horror que causarán los pacientes, como por el cansancio de los mismos agresores: volverán en busca de la virtud, ménos por el cariño que le profesen, que por odio á los delitos. Este pueblo generoso, pero mudable; sensible, aunque inconstante; para el cual el homicidio habrá sido un espectáculo de moda, pedirá luego otros juegos ménos atroces: de-

testará y sacrificará á los que le hayan descaminado tan bárbaramente, y quizá tambien, (y esta esperanza temple la amargura de mis postreros instantes) quizá derramando lágrimas sobre mi tumba, dirá: Luis, á quien acusaron de haber hecho correr la sangre francesa, no era un malvado: si fué culpable, lo sería por debilidad; los que le han sucedido, lo son con todo conocimiento, por sistema y por inclinación.

Tal es, mi amado abate, continuó Luis, despues de un rato de silencio, tal es, segun me temo, la suerte que la ambicion reserva á nuestra pobre patria. ¿No tengo razon en agradecer á la Bondad divina, el que me la haga dejar, para no presenciar las desdichas que la amenazan? ¡Ojalá le depare el Altísimo uno de aquellos personajes privilegiados, que reservá para que descuellen en medio de los siglos de

barbarie, como antorchas resplandecientes, y que atesoran un corazon abrasado con el amor de la patria, y un entendimiento formado por el conocimiento de los hombres y la esperiencia de los acontecimientos! ¡Así con el mismo brazo, con que haya rechazado los numerosos enemigos, que las turbulencias intestinas y la ambicion estrangera habrán suscitado á la Francia, enfrene todos los partidos opuestos á la felicidad general; y combine de tal modo los derechos del pueblo con sus obligaciones, que solo disfrute este de la libertad, cuando llegue á convencerse de que no es otra cosa que la justicia distributiva y universal!

Esta perspectiva brillante, en que mi imaginacion se esplaya y mi corazon se deleita, alivia mis penas con la esperanza de lo venidero. La idea sola de mi familia es la que contrasta mi esfuerzo, y escede toda mi constancia.

No, continuó el rey con los ojos llo-
rosos, no puedo habituarme á la imá-
gen de mi pobre muger, de mi herma-
na idolatrada y de mis queridos hijos,
que penarán hasta la muerte en esta
torre, espirarán en la desnudez y el
desamparo, ó seguirán al cadalso á
su padre desventurado. Señor, le dijo
entónces, todavía hay almas sensibles
y vasallos fieles: ¿no podrían?... —
Ah señor de Fermont! interrumpió
Luis; los reyes, que suelen tener po-
cos amigos, cuando son poderosos,
tienen todavía ménos en llegando á
ser desgraciados. ¿En dónde están to-
dos esos grandes, esos prelados, esos
nobles y esa multitud de sirvientes,
que recibían de mi mano la subsis-
tencia, las condecoraciones y el po-
der? ¿qué se han hecho sus juramen-
tos de morir por mí? Ann ántes de
estar yo en manos de mis enemigos,
¿no me han abandonado? Yo solo cum-

pliré mis promesas, miéntras ellos, al
saber mi muerte, tributarán á mi me-
moria algunas lágrimas estériles, y se
sonrojarán de ser perjuros. —

Despues de este discurso me leyó
con magestuosa entereza su testamen-
to, cual lo había estendido definitiva-
mente con arreglo á mis observacio-
nes. Al pronunciar el nombre de su
familia, los sollozos le atajaron el ha-
bla, y apénas pudo acabar.

He conseguido de la Convencion,
por la mediacion del ministro de la
justicia, dijo entónces el rey, el per-
miso de conversar con mi familia, y
de disfrutar por la última vez este des-
ahogo tan agradable como cruel, que
he anhelado con vehemencia, y que
me alegrara se me hubiese denegado.
Despues que los haya abrazado, me
entregaré todo al Señor y á Vd. —

No se debe omitir aquí una observa-
cion, que prueba que el despotismo

de la municipalidad no solo agobiaba á los ilustres presos confiados á su guardia, sino que iba ya estrechando á la Convencion nacional. Habiendo esta decretado por instancia del rey, despues de su sentencia, que pudiese comunicarse con su familia, y habiéndose ántes acordado lo contrario por el ayuntamiento, la órden suprema de la potestad superior no pudo revocar el reglamento de policia de la autoridad subalterna; y no se halló otro arbitrio para conciliarlas, sino señalar á la familia real para sus vistas una sala, cuyas puertas vidrieras facilitasen á los comisarios el poder estar en acecho.

Luis pasó á las ocho á esta sala, á donde Clery le siguió, y yo me quedé en el gabinete. Habiendo luego entrado en el cuarto del rey, que mediaba entre las dos piezas, usé del permiso que me había dado su magestad de observarle y oír su última conversacion;

pero de modo que ni la reina ni otra persona alguna de la familia pudiese echarlo de ver. El ayuda de cámara puso sillas delante de la mesa, y sobre esta un jarro de agua con vasos al rededor. El rey entre tanto se paseaba muy pensativo, parándose á ratos, y dándose de cuando en cuando palmas á la frente.

A las ocho y treinta y siete minutos entró la reina trayendo de la mano al príncipe real, á quien seguían madama Isabel y su sobrina. Luis se adelantó algunos pasos, y las abrazó; Antonieta se arrojó á sus piés sollozando; y Carlitos y las princesas suspiraban y lloraban amargamente. Sentado el rey y cerrada la puerta, la familia se repartió al rededor y en sus brazos.

Una escena como esta, en que todos los afectos y pasiones se ponen en movimiento para chocar entre sí, es mas fácil de imaginar que de espresar; y

las conversaciones que allí se tuvieron, corresponden también ménos á la historia que á las ficciones del pensamiento. Figúrese cualquiera una familia, que el consentimiento de cien generaciones había hecho la mas noble, la mas poderosa y la mas rica, despenada en el seno de la indigencia, de la debilidad y del envilecimiento, por el espantoso vaiven de una revolucion que todo lo arrolla; y que cautiva, doliente y sin consuelo, está á las plantas de su cabeza condenado á muerte, haciendo mil caricias al mismo que ha de espirar en breve, y recogiendo las últimas palabras de su preciosa boca, y las postreras miradas de aquellos ojos adorados, que la muerte va á cerrar para siempre. Esposa tierna, ya no estrecharás mas el corazón de tu esposo contra el tuyo; hermana querida, ya no oirás las palabras de dulce cariño proferidas por un hermano; y voso-

tros, niños desvalidos, abrazád á vuestro padre por la última vez. Hoy todavía corre la sangre por sus venas: mañana ya no existirá....

La media hora primera de esta entrevista se pasó toda en llantos, gemidos, lamentos, suspiros y todos los impulsos de la desesperacion y del dolor. La familia de Luis le cercaba y le estrechaba en sus brazos; su hijo, su amable Carlos, alargaba sus manos para enjugar las lágrimas del padre; la afable María Teresa callaba llorando en pié, con la cabeza recostada sobre el hombro del rey, á quien estaba contemplando con ansias dolorosas; madama Isabel le cogía una mano, y se la aplicaba alternativamente á la boca y al corazón; y la reina, á pesar de su altanería, pagaba arrodillada á la naturaleza el tributo amargo de su desconsuelo. En cuanto á Luis, despues de haber cedido á los primeros impul-

soś del amor y de la sensibilidad , no trató mas que de mezclar sus caricias con consuelos, y sus besos con algunos consejos. Lo que sigue es en corta diferencia, lo que he podido recoger del razonamiento, cien veces interrumpido y otras tantas continuado, que dirigió á su querida y desventurada familia.

« Vamos, vamos, esta es demasiada afliccion: agradezcamos por el contrario á la Providencia, el que me haya conducido al término de mis penas. En qué soy tan digno de lástima? Pierdo una vida, cuyos días ha acibarrado la desgracia; pero la que voy á conseguir, será eternamente bienaventurada. Si tengo pues algun pesar, no nace del temor de esta pérdida, ni del de una corona percedera que voy á cambiar por otra inmortal; mas ¿cómo podré dejaros en este fatal destierro, en este lugar de proscricion, sin

experimentar el mas entrañable desconsuelo? No creo sin embargo, que corráis ningun peligro: vuestra existencia no es, como la mia, un obstáculo á las miras de los ambiciosos. No desconfiéis pues enteramente; y sea cual fuere vuestro destino, llorád menos por vosotras, que por las calamidades de la Francia; no olvidando jamas, que si la razon hace sufrir las injurias, la religion enseña á perdonarlas. »

¿Acaso, dijo la reina, no queda ya ningun recurso? Aquellos con que Michonis ha lisonjeado mi esperanza, no son quizás infundados: Toulan, el abate de Fermont, el respetable Malesherbes y el amable Edwino, ¿os han de desamparar todos á un tiempo? ¿No es este el trance en que combinarán sus arbitrios y reunirán sus esfuerzos? — Nunca he dudado de su afecto ni de su zelo, respondió el rey: tampoco du-

do de su valor, y quizas este los incitará á una nueva tentativa; pero temo que ha de redundar en perjuicio suyo, mas bien que en ventaja mia. ¿Cómo podrán lidiar unos cuantos hombres con todas las fuerzas unidas del partido de la anarquía? — ¡Ay hermano, dijo madama Isabel, qué cruel eres en quitarnos nuestras ilusiones! ¿Conqué no hay remedio, y nos abrazamos por la última vez? — A estas palabras se redoblaron los lloros y sollozos, y aquella virtuosa y sensible princesa se cayó sobre el pecho de su hermano, donde permaneció por un rato, enagenada por la fuerza del dolor.

Yo me engaño tal vez, insistió Antonieta con mas sosiego; pero no tengo por imposible el que os arrebaten de manos de los asesinos. No; nunca se atreverán á descargar el golpe sobre quien fué su rey. A veces tambien me lisonjeo de que un movimiento terri-

ble, que no espera para declararse sinó el espectáculo de la afrenta que os están preparando, llevará vuestros asesinos al cadalso, levantado para vos... Cielos! interrumpió Luis con precipitacion, ¿qué es lo que has dicho, y qué es lo que estás deseando? ¿No te horroriza la sangre que correría en semejante empeño? y ¿no basta que se derrame la mia? — Antonieta no contestó; pero por la inmutacion de sus facciones y por sus ojos centellantes, conocí que estaba bien agena de acompañar á su esposo en dictámenes tan pacíficos. Luego continuó diciendo: No se hable mas de eso; estáis resuelto á morir, y nada nos queda que hacer, sinó juntar con los sentimientos de nuestra desesperacion los de la admiracion que debemos causar. En vuestra mano está el merecerla todavia con mas fundamento, pues podéis asombrar á la Europa entera que os está mi-

rando silenciosa. Manifestádle que un hombre esforzado, aun cuando tuviese sobre sí el acero matador, es siempre árbitro de su propia suerte: no consintáis en que unos sayones infames mancillen con sus manos sanguinarias vuestra cabeza, ennoblecida con la corona: en una palabra, en vez de recibir la muerte, dáosla vos mismo. — Es imposible espresar los impulsos que este consejo escitó en la familia real: la desesperacion, el horror y el espanto asomaron á un tiempo en los semblantes alterados del rey y de su hermana; enmudecieron de pavor, y se pararon á mirar á la reina con estrañeza y desconsuelo. Pero ella, cediendo no ménos á la altanería característica de su alma que al peligro de las circunstancias, continuó con vehemencia: Me hago cargo de vuestro silencio, y estoy ya oyendo vuestras reconvenções. No ignoro que la re-

ligion y la razon condenan, prohiben y castigan el suicidio; pero el horror indecible de las injurias, de que se siguen los deseos de venganza, nos induce á valernos en cierto modo de nuestras manos, para labrarnos el sepulcro. Ademas.... El rey la interrumpió con cierta severidad. Basta, dijo, y aun sobra: atribuyo á tu cariño esa estraña propuesta, y en este concepto te la agradezco; pero yo opino, que si siempre es un delito el darse la muerte, el dársela por no recibirla, es un desvarío. Juzguen allá los hombres segun su opinion ó sus preocupaciones, y digan á una voz que he muerto afrentosamente; que á mí me basta para morir con dignidad, el estar bien con Dios y con mi conciencia. — Dieron las diez, y el rey levantándose hizo un ademan para indicar á su familia que había llegado la hora de su separacion; con lo que se redoblaron los clamores,

y los lamentos empezaron de nuevo. Por lo ménos, dijo la reina, ¿nos veremos mañana?—Sí, hermano, sí, papá; repitieron la hermana y los niños: que nos volvamos á ver mañana. — Os lo ofrezco, respondió Luis: abrazádmeme; y tú, querida esposa, disimula la dureza con que tal vez te he contestado. Sé que me amas, y que tus intenciones son laudables; pero á poco que reflexiones, conocerás, que si el suicidio no corresponde á nadie, corresponde mucho ménos á un rey. A Dios, mi amada Antonieta; pobre consorte mia, á Dios; procura ser siempre buena madre, y hablar de mí con frecuencia á mis queridos hijos. — El enterrecimiento del rey llegó á tal extremo al pronunciar estas palabras, que no pudo espresarlas sinó con sollozos; é inclinándose hacia su familia y reuniéndola en sus brazos, la estrechó repetidas veces con el estremo de la deses-

peracion; y despues desasiéndose de ella arrebatadamente, á Dios, les dijo, con un acento tan tierno y tan penetrante, que madama Isabel se desmayó. Abriendo entónces dos comisarios la puerta, acompañaron la familia real á su cuarto, y mientras esta llenaba la escalera de agudos alaridos, Luis xvi volvió á su aposento todo trastornado.

Se arrojó sobre un sillón, y se mantuvo un cuarto de hora en doloroso silencio, interrumpido solamente con lágrimas y suspiros. Clery, que estaba en pié delante del rey, sollozaba; y yo, ofreciendo sus trabajos á la divina Providencia, le pedía se dignase continuarle el esfuerzo necesario para el complemento de su sacrificio.

Rompiendo el silencio el rey, y alargándome la mano, soy muy débil, me dijo, señor de Fermont; mas yo espero que Dios no me acriminará el que le haya olvidado un momento para

pensar en mi familia. Ay de mí! ya no me verá mas! ahora ya soy todo de él y de Vd.

Luis XVI me espuso entónces en pocas palabras, pero con mucho método y claridad, sus principios, sus opiniones y conducta por lo que mira al cristianismo. Encontré á este monarca tan instruido como católico, y no tuve mas que desvanecerle ciertos escrúpulos, de los cuales su alma, tanto mas timorata porqué era inocente, se impresionaba con demasiada facilidad.

Despues de la cena, que fué ligera, le propuse que oyese misa y recibiese la Eucaristía, á lo que se convino muy contento; pero como se temía un desaire de parte del consejo, si hacía esta petición, me encargué yo mismo de presentarla.

Al oirla los miembros del consejo, se pusieron algunos de mal humor, y los demas se inofaron con menospre-

cio irónico. Uno de estos me puso la objecion atenta de que podía envenenar al reo con la hostia; y á fin de precaver este atentado sacrilego, hice presente á los municipales que podían suministrarme todo lo necesario para la celebracion: á lo que accedieron despues de una larga consulta.

Vuelto al cuarto del rey, le confesé. Si me fuera licito manifestar en este escrito los secretos augustos de que me hizo depositario, ¡ cuántas buenas acciones ignoradas merecerían la admiracion! ¡ cuántos beneficios ocultos haría patentes á la gratitud pública! Tan modesto como virtuoso, Luis se sonrojaba mas al indicar el bien con que había esclarecido su carrera, que al confesar algunos yerros, propios de la humana fragilidad, de cuyo número era la escesiva condescendencia de su carácter. ¿ Le castigaréis, Dios mio, por los desaciertos, sobrado induda-

bles por desgracia, á que le arrastró su natural propension? ¡Con cuántos trabajos, y con qué martirios ha venido á purgarlos!

A fuerza de súplicas é instancias repetidas, hice que se acostase á la una, y se durmió luego, quebrantado de dolor y de cansancio; pero consolado por su conciencia y por las precauciones religiosas que había tomado. Clery pasó la noche en una silla, batallando á un tiempo con el sueño y con el desconsuelo. Yo me postré á cierta distancia de la cama del rey, meditando y contemplando con respeto y terror aquel soberano destronado, aquel monarca preso, aquel justo proscrito, que dormía sosegadamente pocas horas antes de morir en un cadalso. En medio de su sueño tranquilo hizo algun movimiento, y despidió varios suspiros. Acerquéme temeroso de que se sintiese incomodado; pero no había desper-

tado, aunque por entre sus párpados cerrados vi asomar algunas lágrimas, y le oí susurrar entre lamentos los nombres de sus hijos y de su esposa.

Habiendo hecho Clery algun ruido á las cinco, se levantó en seguida el rey, y se mostró deseoso de oír inmediatamente misa. Miétras un sirviente llamado Turgi (de quien el rey estuvo muy satisfecho todo el tiempo de su arresto, y por tanto es acreedor al reconocimiento) y el ayuda de cámara preparaban una mesa en forma de altar para la celebracion del santo sacrificio, Luis me convidó á pasar con él al gabinete, donde me dijo estas palabras: Dios me es testigo de que no deseo que se restablezca la potestad real, y ménos todavía, ya que esto se verificase, el que recayera en mi hijo. Ya hace tiempo que la corona de Francia no lo es mas que de espinas, y el rumbo que siguen las cosas, no me parece

que es para cambiarla en corona de flores. Sin embargo, como es posible y aun verosímil, que los ambiciosos no esperen sinó mi muerte, para dar al pueblo un caudillo que no sea de su agrado, le encargo á Vd. en atención á su fidelidad, que ponga en manos de mi hermano, con un pliego que encierra mi testamento, y otro que voy á leer á Vd., este sello de plata de tres caras, cuyo compañero, que es este otro, entregará Clery á mi muger. Este es el símbolo y el único tipo material de la potestad legítima. — El rey abrió entónces el sello, en cuya primera cara está esculpido el escudo de Francia, en la segunda dos LL coronadas, y en la tercera la cabeza con morrion de Luis Cárlos. El pliego unido al duplicado del testamento, es una carta que Luis XVI escribió á su hermano mayor, Luis Estanislao Javier. Esta es la copia.

CARTA DE LUIS XVI

Á

SU HERMANO MAYOR.

(*Documentos justificativos, núm. 18.*)

«Obedezco á la Providencia y á la necesidad, presentando en el cadalso mi cabeza inocente. Mi muerte impone á mi hijo la carga del reino: cuida de él como si fueras su padre, y gobierna el estado para tranquilizarlo y hacerlo floreciente. Mi intencion es que tomes el título de *regente del reino*, y mi hermano Cárlos Felipe tomará el de *lugarteniente-general*. Acude ménos á la fuerza de las armas, que á las promesas ventajosas de una libertad prudente y á las buenas leyes, para restituir á mi hijo la herencia usurpada